

Pensamientos desde la cubierta

Juan Pablo Cafena Garfe

Pensamientos desde la cubierta

©2026. Juan Pablo Cafena Garfe

ISBN: 978-956-425-357-2

Primera edición, 2026

Fue impreso en Lahosa S.A.

Dedicatoria.

A quienes fueron mi faro en las noches de tormenta y mi puerto seguro en la calma. Porque, aunque estas páginas nacieron en la soledad del océano, cada pensamiento fue un hilo que me mantuvo unido a la tierra y a ustedes. A mi familia, la brújula que siempre marca mi norte. A los buenos amigos, que son el viento a favor que empuja mis velas; y a los malos, porque me enseñaron a fortalecer el casco contra el oleaje. A la vida y a la muerte, que en este horizonte se vuelven una sola línea. Que estas reflexiones sirvan de bitácora para quienes buscan su propio rumbo. Para el mar, que me obligó a escucharme, y para ti, lector, que ahora compartes mi cubierta. A todos los que entienden que navegar no es solo moverse sobre el agua, sino aprender a habitar el silencio para descubrir lo que realmente importa.

Prologo.

Se dice que hay vivos, muertos, y aquellos que surcan los mares. Yo añadiría una cuarta categoría: Los que, al surcar los mares, aprenden a vivir. Este no es un diario de bitácora tradicional; no encontraras aquí un registro exhaustivo de coordenadas ni de velocidades, sino un mapa del alma, trazado con la sal del océano y la tinta de la memoria. La vida en tierra me enseñó las convenciones, las ataduras invisibles que llamamos “familia”, “amistad” o “lealtad”. El mar en su vasta e indiferente inmensidad. Me ha enseñado su esencia. Aislado por la voluntad y la necesidad, enfrentado a la magnificencia del día y a la abrumadora oscuridad de la noche, cada concepto ha adquirido un nuevo y brutal significado. La soledad dejó de ser una ausencia para convertirse en una presencia constante, un espejo ineludible. La muerte, que en tierra se esconde en hospitales y rituales, aquí es la compañera que respira con el viento, siempre a un error de distancia. Escribí estas páginas no para dar lecciones, sino para compartir las verdades desnudas que el horizonte me ha susurrado. Desde la lealtad de un barco que aguanta la tormenta hasta el duelo por una vida que quedo atrás, estas son las reflexiones de un hombre y navegante solitario que eligió perderse para encontrarse. El océano es un maestro severo, pero justo. Si la vida es como andar en bicicleta y hay que moverse para mantener el equilibrio, yo elegí un velero, donde el equilibrio es una negociación constante con fuerzas mayores a uno mismo. Abróchese el cinturón, lector. El viaje es largo, y las aguas turbulentas.

Introducción.

Escribir en alta mar no es lo mismo que escribir en tierra firme. En la ciudad, el ruido de la prisa a menudo silencia las preguntas importantes; en el océano, el silencio es tan vasto que no deja más opción que escucharlas. "Pensamientos sobre la cubierta" no es un manual de navegación técnica, sino una bitácora del alma redactada bajo la luz de astros que no conocen el tiempo. Durante meses de soledad, la cubierta de mi barco se convirtió en el único territorio real. Allí, despojado de las máscaras sociales y de las distracciones de la rutina, los conceptos que antes daban forma a mi mundo comenzaron a mutar. Descubrí que la familia no es solo el puerto de origen, sino el ancla invisible que te mantiene a flote cuando el oleaje arrecia. Comprendí que el amor es la corriente que nos mueve, a veces mansa y a veces destructora, pero siempre necesaria para no quedar a la deriva. En estas páginas, el lector encontrará reflexiones sobre la vida y la muerte, vistas no como opuestos, sino como las dos orillas de un mismo viaje. Hablo también de los amigos: de los buenos, que son como faros en la niebla, y de los malos, que, como los arrecifes ocultos, nos obligan a ser navegantes más cautos y sabios. Este libro es una invitación a sentarse conmigo en la cubierta, a mirar el horizonte y a cuestionar lo que creemos saber sobre la "buena vida". Al final del día, todos somos navegantes solitarios en busca de una verdad que solo se revela cuando nos atrevemos a soltar amarras.

Somos.

Somos un puñado de momentos en los bolsillos del tiempo. Y con la arena del tiempo, unos hacen playas, y otros desiertos. También somos nuestros vacíos, las palabras que nunca dijimos, la mano y ayuda que negamos, las promesas que no cumplimos, los días borrados, las noches frías, los latidos mudos, las heridas abiertas, los pulsos perdidos, las voces ausentes, los ecos que fueron olvido y toda la suma de incumplidos. Esclavos del algoritmo, muere el arte y su infinitud. Zombis de música sin ritmo, seguidores cómo lubricante social. Dime, ¿cuántos seguidores tienes? Que desastre de sociedad. Muere el arte si no lo tienes. Muere tu perfil de red social. ¿Desde cuándo el cantautor no canta por cantar? ¿Desde cuándo el amor al arte se ve influenciado por ser comercial? ¿Desde cuándo se hacen las cosas sin antes pensar en la Red, en una foto, en un puñado de likes? Hubo un tiempo en que no había mensajes, pero habían miradas que lo decían todo, donde no existían los likes, pero la gente se conocía y se saludaba por las calles. Hubo un tiempo en que el consejo de un padre era mejor que cualquier búsqueda de Google y la historia de un abuelo era más cierta que cualquier referencia de Wikipedia. Hubo un tiempo donde no existía el correo electrónico, pero recibías notas, postales y cartas de amor. Tiempo donde nadie te insultaba escondido en el anonimato de una red social, y era la barra de un bar, lugar donde se discutía con argumentos, con respeto y compartiendo un buen vino. Hubo un tiempo en que la gente, no aparentaba lo que no era, donde no existía Photoshop, ni los filtros y eran los años los que se encargaban de dibujar las arrugas. Si, añoro esos tiempos donde todo era más sencillo, más de verdad y nos vibraba el corazón y no el teléfono.

No somos de aquí.

Ni tú, ni yo, nadie... nadie es de aquí. No nos quedaremos. Estamos de paso. Vinimos a aprender. Vinimos a amar. Vinimos a vivir y trascender. No vinimos a acumular, pues nada nos llevaremos al partir. Vinimos a compartir. No somos materia, somos energía. No somos apariencia sino esencia. Tengo un enemigo en mi cuerpo que bautice cómo "Bruno", por la mortal torre B de la proa del acorazado Bismark. No se habla de "Bruno". Está allí, pero no le permito controlar mi vida. Cuando toqué fondo, solo quería morir. Me encerré cómo María Magdalena la proscrita y renuncié a todo. Pero la muerte me miro con sus ojos oscuros y me dijo: "No es tu tiempo. Estoy aquí sentada frente a ti. No me tengas miedo. Soy tu amiga". Así que sequé mis lágrimas y agradecí estar vivo. Creo que aún me quedan cosas por hacer. ¿Qué es lo único que vale la pena?, pregunte. "El amor", fue su respuesta. Y entonces pude mirarla sin miedo. Yo la he visto en blanco...porque me estaba defendiendo cuando luche contra mis demonios...Ahora de vez en cuando se me aparece en negro cuando pienso negativamente, pero intuyo que todavía no es el momento, solamente que no la molestemos...cuando ella quiera, aquí estoy, gracias, mientras tanto a vivir y a disfrutar de la vida. Ella siempre está conmigo, esperando el momento; después de todo es lo único seguro que tenemos en este plano terrenal. Gracias. Ya estoy listo. Gracias infinitas por permitirme ver a mis hijos adultos, mi miedo, ni único miedo era que ella me invitara antes a trascender, con mis hijos pequeños, y si me deja otro rato, gracias porque probablemente también alcanzare a ver a mis nietos. Entiende quién eres y entiende quienes somos. Todos somos uno. Ven a navegar conmigo, no solo es navegar. Es encontrarte y encontrarnos. Donde nada es firme, el navegante se entrega a un mar donde ausentan las certezas y abunda la nostalgia, las heridas del corazón calan hondo y se evocan los afectos perdidos.